

* *

En 1896 y principios de 1897, fuimos Pi y Margall y sus discípulos perseguidos por la «patriotería» que gritaba en pro de la lucha hasta consumir el «último hombre» y la «última peseta». Un episodio de entonces me inspiró el cuento *Paluchero*, que publiqué en *El Nuevo Régimen*, fundado por D. Francisco y dirigido en la actualidad por su hijo Joaquín.

* *

Con un solo detalle puede juzgarse el pensamiento de Pi y Margall sobre el hispano-americanismo. Siendo presidente de la República Española en 1873, al mismo tiempo que definía su programa comenzando por

la abolición de la esclavitud, iniciaba un convenio con los Estados Unidos sobre la base de considerar a España como Nación americana y, en tal concepto, aplicándole la doctrina de Monroe.

Quien desee conocer todavía mejor el criterio de Pi sobre hispano-americanismo, que lea su *Historia de América* (1878), el último párrafo del programa de 22 de junio de 1894 y toda la colección de discursos y artículos, plenos de alusiones y de pensamientos referentes a la comunidad espiritual de España y América.

JOSÉ M^a DEL PALACIO

(*La Nación*, Buenos Aires).

REFLEXIONES Y LECTURAS

La zona de silencio

INDUDABLEMENTE, un cierto resurgir empieza a manifestarse a través de toda Europa. Los escuchas del espíritu lo perciben. Laborismo en Inglaterra, que ha dado a la Gran Bretaña el Gobierno más avanzado y más intelectual de estos últimos tiempos... Otro Gabinete socialista en Dinamarca. Al frente de las izquierdas, vencedoras en Francia, Herriot dirige al público alemán del *Vorwaerts* palabras de reconciliación y de concordia, como, desde hace diez años, no habían sonado en los ambientes gubernamentales de la vieja República... Hasta Mussolini quiere preparar su evolución... Ha aumentado en pocos meses la fuerza moral de la Sociedad de las Naciones... Sobre el desorden económico y la oleada materialista y utilitaria, vuelven a interesar un poco las ideas... Las bellas letras renacen; la Ciencia pura apasiona; hay, de nuevo, un lugar en las almas para las inquietudes desinteresadas, para el arte sin precio, el amor sin egoísmo, la libre religiosidad, las preguntas sin respuesta...

¿Qué ocurre, pues? Ocurre, probablemente, que salimos ya de una «zona de silencio». Y los escuchas del espíritu vuelven a oír el rumor de la Humanidad en marcha, en marcha hacia un ideal... Pero esto de las zonas de silencio requiere antes una somera explicación.

En el campamento de la Courtine, junto a Clermont-Ferrant, en Francia, se han realizado estos días interesantes experimentos científicos. Se trata de comprobar e investigar diversos fenómenos—acústicos, atmosféricos, biológicos—que se venían observando, muy imperfectamente, con motivo de las grandes explosiones. Para ello, se han hecho estallar, a horas prefijadas, enormes cantidades de me-

linita, hasta veinte toneladas de una vez, y se han estudiado, por medio de aparatos colocados en distintas estaciones y puestos de observación, la propagación de las ondas y otros efectos físicos de las detonaciones formidables, así como también, mediante la colocación de perros u otros animales cerca del foco explosivo, los trastornos producidos en el sistema nervioso y en el organismo entero. El ruido de esas explosiones de la Courtine se oyó hasta en Inglaterra y en Austria.

Pero lo más sugestivo es el estudio de la zona de silencio. Cuando ocurre una explosión, en efecto, perciben el ruido, no sólo los que están situados en lugares próximos, sino, en ocasiones, los que se hallan a centenares de kilómetros. Sin embargo, a lo que parece, hay, entre aquellos y éstos, entre el centro de la explosión y los parajes lejanos, ciertas zonas intermedias, «zonas de silencio», en las cuales la detonación no se oye.

Así aconteció—recuerda en *Le Matin* el astrónomo Charles Nordmann—en las erupciones volcánicas del Japón, en la explosión de 1908 en el ferrocarril de la Jungfrau, en la de 1912 en Wiener-Neustadt... El bombardeo de Amberes se oyó hasta unos cien kilómetros de la ciudad; más allá, nada se percibía—la zona de silencio—; pero luego, rebasados los ciento cincuenta kilómetros, volvía a oírse el distante estallido de las granadas.

Se ha comprobado en las guerras modernas el caso de una división del ejército que avanza al oír el cañón lejano; retrocede, después, por haber dejado de advertirlo, y lo oye de nuevo cuando ya está regresando a su base. El cañoneo, en realidad, no se había interrumpido. ¿Quién no re-

cuerda el caso histórico de Waterlloo? El general Grouchy no llegó a tiempo; no acudió con sus refuerzos, como estaba previsto, hacia el lugar donde tronaban los cañones, y los granaderos épicos de la guardia napoleónica sucumbieron entre la artillería inglesa y los sables prusianos. ¿Por qué? Quizás, sugiere Nordmann, porque Grouchy se detuvo, despistado, en una zona de silencio.

Esta teoría de las zonas de silencio tiene su aplicación, no sólo en la atmósfera física, sino también, acaso, en el ambiente espiritual de la Psicología y de la Historia. Los grandes hechos humanos apasionan y entusiasman muchas veces a los contemporáneos; sufren, después, una reacción de desdén, y reciben, por fin, la consagración gloriosa de la posteridad. ¿Qué escritor, qué artista, qué nombre insignificante no ha pasado por la zona de silencio? También la tienen las ideas. Hay, para ellas, un momento difícil, en el que ya no son nuevas y aún no son antiguas; no son ya sorprendentes y todavía no son venerables; no gozan ni del encanto de la modernidad ni del prestigio del clasicismo. Los hombres sólo ven bien lo que está muy próximo a su corazón o lo que contemplan desde muy lejos, serenamente, con una perspectiva de siglos. Los clarines de la Fama dejan de oírse también, transitoriamente, en la zona de silencio del mundo moral.

Como si saliera de una zona de silencio, el idealismo humano balbucea nuevamente. Los principios de libertad, de justicia, de paz, en nombre de los cuales se ganó la guerra, quedaron, luego, aletargados en una Europa desangrada y famélica, fatigada y extenuada. Pero ahora... Diríase que ahora, débilmente aún, emergiendo de una zona de silencio, vuelve a oír el espíritu humano, con nuevas resonancias, la voz que le empujaba hacia adelante, hacia arriba, confiando en sí mismo, sin volver la vista atrás, ansioso de alcanzar, colectivamente, su emancipación, su plenitud, entre los dolores y las bellezas de la vida...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

EL CONVIVIO de los Niños

<i>Cuentos a Sonny</i> . Por Santiago Pérez Triana.....	0.25 oro am.
<i>Tardes de Invierno</i> . Por F. Pi y Margall.....	0.25 » »
<i>Florilegio</i> . Por diversos autores.....	0.25 » »
<i>Los Cuentos de mi tía Panchita</i> . Por Carmen Lira. Edición aumentada.....	0.50 » »
<i>Pasteur</i> . Por Gaston Laurent.....	0.30 »
<i>Cuentos Viejos</i> . Por María de No-guera.....	0.40 » »
<i>El Delfín de Corubici</i> . (Visión de Nicoya antes de la conquista española). Por Anastasio Alfaro.....	0.50 » »